

pero, de todos modos, no se puede negar que la presencia de tanto español fuera de España, y sobre todo, la circunstancia de ocupar jesuitas españoles los puestos principales en varias provincias extranjeras, así como es una gloria para nuestra patria, así pudo dar ocasión á lo que vino después de la muerte de San Francisco de Borja.

LIBRO III

Vida y acción de la Compañía en los tres primeros generalatos.

CAPÍTULO PRIMERO

FERVOR DE NUESTROS PRIMEROS PADRES.—DIRECCIÓN DE SAN IGNACIO

SUMARIO: 1. Fervor con que hicieron los Ejercicios los compañeros de San Ignacio.—2. Abnegación y humildad en el noviciado de Simancas.—3. Principios de los noviciados de Medina y Villarejo.—4. Actos de pública mortificación, hechos en las calles y plazas.—5. Excesos imprudentes en darse demasiado á la vida contemplativa.—6. Los PP. Oviedo y Onfroy reprendidos por San Ignacio.—7. Costumbres de la casa de Gandía.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Cartas de San Ignacio*.—2. *Monumenta Ignatiana*.—3. *Epistolae mixtae*.—4. Archivo Histórico Nacional, *Jesuitas*.—5. Castro, *Historia del colegio de Alcalá*.—6. Polanco, *Historia S. J.*—7. *Litterae quadrimestres*.—8. *Sanc. Franciscus Borja*.—9. *Epistolae Hispaniae*.

1. Hasta aquí hemos seguido la serie de los sucesos más importantes que ocurrieron en la fundación y desarrollo de la Compañía de Jesús. Hemos asistido á la apertura de sus colegios, á las primeras misiones de sus operarios, á las primeras persecuciones que se levantaron contra ellos, y á las empresas principales que acometieron por la gloria de Dios. Pero la historia de la Compañía quedaría muy imperfecta con la mera narración de esos hechos exteriores. Es preciso descender á otras cosas menos brillantes, pero que son de capital importancia en la vida de una Orden religiosa. Vamos á penetrar dentro de nuestras casas, vamos á examinar cómo procedían nuestras comunidades, y aquí mejor, tal vez, que en los libros precedentes, aprenderemos lo que era y lo que debe ser la vida de la Compañía.

Como el fin de nuestro instituto es atender con todas las fuerzas posibles á la propia santificación y á la santificación de los prójimos, exige el buen orden que empecemos por la primera, declarando los frutos de virtud que produjo en el campo de la Iglesia el árbol religioso plantado por San Ignacio.

Dice el santo patriarca que para conseguir el fin de la Compañía nos ha de ayudar, más que ninguna exterior constitución, la interior ley de la caridad y amor que el Espíritu Santo escribe é imprime en los corazones. En esto no cabe duda para quien conozca los dogmas católicos sobre la gracia. La primera fuerza, el mejor medio para fundar una Orden religiosa, para extenderla por el mundo, para hacerla fructificar en la Iglesia, es, y será siempre, esa caridad infundida por el Espíritu Santo en las almas de los primeros religiosos. Ya referimos los fervores de San Ignacio en Manresa y después durante el curso de toda su vida. El mismo divino Espíritu que transformó tan maravillosamente al santo patriarca, animó también á sus primeros compañeros de aquel fervor extraordinario, que les movió á las rigurosas penitencias que practicaron durante los Ejercicios, y quedan referidas en el tomo anterior. El mismo divino Espíritu les infundió en el corazón aquella ardentísima caridad, con que servían á los enfermos en los hospitales de Venecia, y soportaban alegres y regocijados las fatigas y trabajos de sus largas peregrinaciones.

El ejemplo de los primeros Padres fué imitado por los que después iban entrando en la Compañía. No se limitaban las mortificaciones á las penitencias corporales. Atendíase con más ahinco á mortificar las pasiones que nos arrastran á la culpa. San Ignacio, en el párrafo del examen general, que trasladado al sumario de las reglas ha formado la undécima, pondera grandemente, cuánto aprovecha á la vida espiritual «aborrecer en todo, y no en parte, cuanto el mundo ama y abraza, y admitir y desear con todas las fuerzas posibles cuanto Cristo nuestro Señor ha amado y abrazado. Como los mundanos que siguen al mundo aman y buscan con tanta diligencia honores, fama y estimación de mucho nombre en la tierra, como el mundo les enseña, así los que van en espíritu y siguen de veras á Cristo nuestro Señor, aman y desean intensamente todo lo contrario, es, á saber, vestirse de la misma vestidura y librea de su Señor, por su divino amor y reverencia: tanto, que donde á la su divina Majestad no le fuese ofensa alguna, ni al prójimo imputado á pecado, deseen pasar injurias, falsos testimonios, afrentas, y ser tenidos y estimados por locos, no dando ellos ocasión alguna de ello, por desear parecer é

imitar en alguna manera á nuestro Criador y Señor Jesucristo» (1).

2. Poníanse ante los ojos nuestros primeros Padres este admirable precepto, que contiene lo más subido de la mortificación y perfección evangélica, y hacían nobilísimos esfuerzos por cumplirlo. La mera entrada en la vida religiosa solía hacerse ejercitando alguna mortificación extraordinaria. Esto se observó en el primer noviciado que tuvimos en Simancas.

El P. Bustamante, que fué el primer maestro de novicios en aquella casa, escribiendo algún tiempo después desde Córdoba á San Ignacio, le daba estas noticias acerca del espíritu que reinaba entre los primeros novicios: «Salió tal aquella casa [de Simancas], que no solamente á mí, que como tan imperfecto, poca perfección basta para satisfacerme, mas al P. Francisco daba tanta consolación y contentamiento, que no se hallaba fuera de ella. Y vista la experiencia de lo que nuestro Señor obra en las almas por medio de la perfecta observancia de las reglas, ninguna cosa tengo por tan importante para nuestro aprovechamiento espiritual, como el entero cuidado y continua vigilancia sobre la tal observación, que cierto son, si exactamente se guardan, una perfectísima instrucción, así para los que han de regir, como para los que han de ser regidos. Y parece que si de esta manera de proceder que ahora tienen estos novicios [de Córdoba] en el camino del divino servicio tuviesen hecho hábito, cada uno de ellos sería un milagro en el mundo. Porque ver lo que desean ser despreciados y escarnecidos de las gentes, y las mortificaciones públicas que piden de tanta abyección y menosprecio, es para bendecir mucho á nuestro Señor; y cierto que se representa ya la perfección de la Compañía al vivo, viendo unos mozos tan canos y tan animados á padecer y sufrir injurias y á ser reputados por viles y bajos, que á cualquiera que los tratase parecerá que se ve entre los monjes de Scitia ó de Egipto, y digo sin encarecimiento, que ver las horas de las quietes en esta casa es ver juntamente unas colaciones de Casiano» (2).

Poco le duró al P. Bustamante su residencia en Simancas. Nombrado Provincial de Andalucía, dejó el cargo de aquella casa al P. Pedro Doménech, y llamado éste á Baza en la primavera de 1556, tomó el cuidado de los novicios el P. Jerónimo Ruiz de Portillo (3). Si son

(1) *Examen*, c. iv, § 44.

(2) *Epist. mixtae*, t. v, p. 119.

(3) Polanco, *Hist. S. J.*, t. vi, p. 569.

consoladoras las noticias que nos da del noviciado de Simancas el P. Bustamante, no admiran menos las que oímos á sus sucesores. He aquí lo que escribe el P. Portillo á San Ignacio:

«Por las pasadas tendrá V. P. noticia, cómo en esta casa de probación mostraba nuestro Dios tener particular cuenta, por los efectos que en los Hermanos de ella cada día se ven, y entre los otros, tres son muy evidentes, el uno, que los enfermos sanan y los tentados se destientan, y lo que más es, los muy estimados en el mundo se humillan más; que es cosa para los que la sienten, de dar á Dios mucha alabanza, ver tanta alegría en todos, y que según muchos ó los más de ellos me dicen, que no se puede explicar el consuelo que el Señor les da y grandísimos deseos de deshacerse y hacer penitencia y ser de todos deshonorados; á tanto, que creo que todos se hallan, como cada día me dicen, para cuanto les pudiere venir tenerlo por poco, y ser dignos de todo mal y indignos de todo bien. Piden tantas penitencias, que es menester tenerles la rienda, disciplinas en el refectorio y otras mortificaciones. Y entre ellos han venido de Salamanca dos Hermanos que eran muy generosos [nobles], el uno de Sevilla, que se dice D. Juan Manuel, y el otro de Málaga, que se dice D. Lorenzo de Padilla, y están ya tan mortificados, que á gran priesa corren tras Cristo, vistiéndose de su librea, y dicen ser tanto el gozo que el Señor les da en los vestidos rotos y otras mortificaciones, que lo tienen por sensualidad. Cáeles muy bien el Don sobre los vestidos viles, mortificanse con él, que ya no querrían ser conocidos. Dan en todo gran muestra de sí. Jesucristo los tenga de su mano» (1).

No fueron estos dos caballeros los únicos nobles que se humillaban á porfía en el noviciado de Simancas. En aquel mismo año presentóse allí D. García Girón de Alarcón, cuyos apellidos dicen la noble sangre que corría por sus venas. Hallábase en los veinte años de su edad, y sus padres le tenían dispuesto un rico matrimonio correspondiente á su clase, cuando, volviendo las espaldas al mundo, se abrazó con la cruz de Cristo en la Compañía. Empezó su noviciado en Simancas con extraordinario fervor. Al cabo de algún tiempo llamóle San Francisco de Borja á Valladolid, para que sirviera en los oficios domésticos que se ofrecían en el colegio. Encaminóse Alarcón á la ciudad vestido de unas calzas viejas y de un sayo hecho pedazos, sin manteo ni otro vestido que cubriera aquellos miserables andrajos. Con este vil traje, más propio de mendigo que de caba-

(1) *Epist. mixtae*, t. IV, p. 823.

llero, anduvo por varias calles de Valladolid, y hasta se metió en el palacio Real, donde tenía algunos parientes en oficios principales. Triunfando así del mundo y sus vanidades, se fué tranquilamente al colegio, donde empezó á servir al cocinero con tanto brío y naturalidad, como si en aquel oficio se hubiera criado toda la vida (1). Así empezó su vida religiosa este hombre superior, que con el tiempo había de ser dos veces Visitador, y durante trece años Asistente del P. Aquaviva.

Para reforzar este noviciado, y para que con el número de religiosos creciese la santa emulación de la virtud, que siempre se conserva mejor en comunidades mayores, dispuso San Francisco de Borja que pasasen á Simancas, de Alcalá, doce ó trece Hermanos, muy escogidos sujetos, ya graduados de maestros ó licenciados, los cuales, bajo la dirección del P. Portillo, se entregaron fervorosamente á las obras de abnegación y humildad. Oyó en Salamanca el P. Antonio de Córdoba el fervor y devoción que reinaba en la humilde casita de Simancas, y aunque ya no era novicio, pues llevaba cuatro años de religión, quiso tomar alguna parte en los ejercicios de aquel noviciado. Aprovechando, pues, las vacaciones de verano, fuése á Simancas en 1556, y empezó á servir en casa como el último novicio. Salió á tomar disciplina en el refectorio, acarreaba el agua, con un asnillo, por medio del pueblo, y, como dice el P. Portillo, «en todos los oficios bajos de casa nos ha mostrado bien la humildad que Dios le ha dado» (2). Tres años después, pasando por Simancas el P. Cardona en el verano de 1559, bendecía á Dios por el deseo de mortificación y penitencia que veía en aquellos novicios y por la alegría y prontitud con que obedecían en todo á los superiores (3).

3. Poco tiempo duró este noviciado. Como la casa era bastante pequeña y el pueblo no pasaba de cuatrocientos vecinos, muy pronto se convencieron los superiores de que, ni el edificio podía albergar á una comunidad numerosa, ni el pueblo cómodamente sustentarla. Desde 1562, por orden que dejó el P. Nadal, se fueron trasladando los novicios á Medina del Campo (4), donde empezó á gobernarlos el célebre P. Baltasar Alvarez el año 1566. Si en Simancas admiraba el fervor que el Espíritu Santo infundía en los novicios, no era menos

(1) *Litterae quadrimestres*, t. IV, p. 501.

(2) *Ibid.*

(3) *Epist. Hisp.*, t. I, f. 507.

(4) *Ibid.*, t. IV, p. 239.

ardiente el que se mostraba en Medina. Aquí se observó, más quizá que en Simancas, un grande amor á la oración y trato con Dios, virtud que procuraba fomentar el P. Álvarez, pues, como él decía, del trato con Dios se ha de sacar luz y gracia para tratar con los hombres y para ejecutar todas las obras del divino servicio. Por eso concedía de buen grado á los novicios los ratos extraordinarios de oración que le pedían.

Pero esta virtud debía ser medio para alcanzar otras. En pos de la oración debía venir la mortificación de los sentidos y pasiones. «Esta mortificación, dice el P. La Puente, era la segunda cosa que procuraba persuadirles [el P. Álvarez] y en que los ejercitaba, especialmente en materia de desprecio, para fundarlos en humildad; y era tanto el fervor de los novicios, que andaban como á porfía buscando invenciones públicas y secretas para ser despreciados y tenidos en poco, fingiendo algunas veces tener poca habilidad, discreción y letras, ó, por lo menos, disimulando lo que tenían y publicando lo que podía humillarlos, y encubriendo lo que podía honrarlos. En haciendo la falta, luego la decían públicamente en el refectorio, ó en la quiete ó recreación, donde se juntan todos después de comer y cenar. Pedían que les diesen reprensiones públicas y secretas, y que otros les dijese las faltas que habían notado en ellos. También pedían salir fuera de casa á traer agua de la fuente y carne del rastro, y otras semejantes mortificaciones de que usaron los santos, para más avergonzarse. Buscaban el vestido más vil y roto, en la comida lo peor, en el trabajo cada uno era el primero, sin rehusar lo que se ofrecía ni quejarse de andar muy cargado. Traían los sentidos tan enfrenados, que era menester hacerles que levantasen los ojos y se divirtiesen algo. El rigor de las penitencias y asperezas era tan grande, que era menester irles á la mano porque no perdiesen la salud. Finalmente, el noviciado parecía un mundo al revés, donde se amaba y buscaba lo que el mundo desecha, y se aborrecía y desechaba la honra y regalo que él tanto estima y procura, aunque les avisaba que huyesen de caminos singulares; porque el verdadero fervor no está en buscar nuevas invenciones, sino en andar por los caminos viejos sin imperfecciones» (1).

En esta última advertencia observamos la prudente precaución del P. Álvarez en prevenir algunos fervores indiscretos que por entonces asomaron en la provincia de Castilla, de los cuales diremos

(1) *Vida del P. Baltasar Álvarez*, c. 19.

después alguna palabra. Por lo demás, cuán santo y sobremanera edificante fuese el espíritu que reinaba en el noviciado de Medina, lo experimentó más que nadie el venerable P. Luis de la Puente, de quien tomamos las anteriores noticias. Determinado este insigne varón el año 1574 á seguir el estado religioso, estuvo dudando algún tiempo entre la Compañía de Jesús y otra sagrada religión. Después de muchas vacilaciones, decidióse á entrar en la Compañía, y llegóse al noviciado de Medina, pero con gran miedo de errar en la elección de la Orden religiosa que le convenía. Una vez admitido en aquella santa comunidad, «dentro de pocos días, dice él mismo, como vi las veras con que los novicios hollaban el mundo, y se despreciaban y mortificaban á sí mismos, y las ansias con que seguían á Cristo nuestro Señor, y los consejos de su Evangelio, yo quedé tan satisfecho y contento de la elección que había hecho, que, por la divina misericordia, nunca más en el noviciado, ni fuera dél, sentí movimiento de tristeza ó arrepentimiento dello; antes no sé con qué espíritu se me asentó esta imaginación, que, si tuviese siquiera ocho años de vida, viviendo de aquella manera, bastarían para hacerme grande santo» (1).

Un año después del noviciado de Medina se abrió el de Villarejo de Fuentes en la provincia de Toledo. Ya referimos arriba (2) cómo el P. Nadal había aceptado en 1561 esta fundación, ofrecida por D. Juan Pacheco de Silva y D.^a Jerónima de Mendoza, su mujer. Cuatro años largos se tardó en construir el edificio y en acomodarlo á las condiciones de una casa de probación. Por fin, en la primavera de 1567 trasladóse de Alcalá á Villarejo el P. Juan Manuel de León, llevando consigo una veintena de novicios. Concurrieron á la apertura de la casa el P. Bartolomé de Bustamante, que por entonces visitaba la provincia de Toledo, y los rectores de los colegios más próximos de Belmonte y de Cuenca. El día segundo de Pascua de Pentecostés acudieron muy temprano todos los Nuestros á la iglesia del pueblo, y después de oír una misa rezada que dijo el párroco, ordenóse una devota procesión para trasladar á nuestra casa el Santísimo Sacramento. Concurrieron todos los clérigos con sobrepellices, todas las cofradías con sus insignias, y todo el pueblo con singular devoción. Llegada la procesión á nuestra casa, celebróse una misa con toda solemnidad. El P. Bustamante predicó, y el P. Juan

(1) *Ibid.*

(2) *L. I, c. 3.*

Manuel de León presentó á D. Juan Pacheco la vela encendida que manda San Ignacio ofrecer á los fundadores de colegios.

Terminada la función inaugural con gran consuelo de todos, aplicóse el maestro de novicios á entablar la vida de comunidad. He aquí la forma que se dió á los santos ejercicios de aquel noviciado, según la cuenta el P. Millán García en la carta anua que escribió pocos meses después: «Pasada la fiesta, comenzó el P. Prefecto [así llama el P. García al maestro de novicios] á asentar las cosas de la probación con tanto cuidado, como convenía á quien había de echar firmes fundamentos de cosa tan importante, y en ello se conoció y se ve cuánto le ayuda el Señor, pues con ir disponiendo las cosas con el cuidado que las Constituciones quieren, se recibían y llevaban con la suavidad que la Compañía pide.

»Hanse hecho, por los días de la semana, un día plática y otro conferencia cada día á la mañana. Á la tarde, un día tonos y reglas, y otro enseñar la doctrina, declarando un poco de ella, dando asimismo tiempo á las cosas espirituales, como V. P. tiene ordenado se haga en las casas de probación. El demás tiempo que de estos ejercicios sobra, que son dos horas á la mañana y dos á la tarde, lo gastaban algunos Hermanos en oficios humildes, como cocina, refectorio, etc., de manera que todos se ejercitasen. Los demás se recogían á oficios de manos, donde unos hacen pleita, otros linuelo, otros la cosen, y otros labran disciplinas, y otros tejen canastillos de esparto, y otros escriben con silencio siempre, y á ratos leyendo uno de ellos alguna historia de santos para que lo interior y lo exterior esté siempre ocupado y alaben á Dios nuestro Señor.

»Vela el P. Prefecto tomando cuenta cada semana de la oración y espiritual aprovechamiento, y á tiempos, de dos en dos, se recogen ocho días en Ejercicios, de lo cual se ha sentido harto aprovechamiento, tomándose el mismo orden con los que de nuevo vienen á la probación de otros colegios; y á los que vuelven de peregrinar, de hospitales, se les conceden tres ó cuatro días en que descansan espiritual y corporalmente. Así [van] en la obediencia pronta y sencilla, en la continua mortificación interior y exterior que se ve con las muchas mortificaciones y penitencias que se piden, así secretas como públicas, por la falta del cumplimiento de las reglas y ligeros defectos. Ordinariamente usan vestidos humildes y edificativos, aunque siempre la hambre que en esta parte tienen, procura moderar el P. Prefecto. En toda la casa se ve un ejemplo de religión, de virtud y penitencia, con grande amor á los superiores y entre sí,

que más parece vida del cielo que de la tierra, y más de ángeles que de hombres. Van haciendo sus experiencias, dentro y fuera de casa, en hospitales y peregrinaciones» (1). Tal era el espíritu y fervor que animaba al noviciado de Villarejo de Fuentes, y que hacía exclamar al buen D. Juan Pacheco, su fundador: «Esta casa, de puertas adentro, es un retrato del paraíso; de puertas afuera, es poner ante los ojos el proceder de los apóstoles y discípulos de Cristo» (2).

4. No se crea que este fervor de espíritu y este deseo de abnegación eran sólo de jovencitos animados á la virtud por las exhortaciones del noviciado. Hombres graves y prudentes entregábanse á mortificaciones extrañas para vencer el apetito de honra y estimación. El P. Bautista Sánchez, de quien ya hemos hablado en varias ocasiones, era un eclesiástico respetable de Toledo, cuando en 1547 hizo los Ejercicios y sintió la vocación á la Compañía. He aquí los extremos de fervor que el P. Cristóbal de Castro nos refiere de él y de otros compañeros suyos: «Hacían públicas mortificaciones que ponían espanto á los de la ciudad; especialmente el Bautista y Tomás de Soto continuamente en casa andaban ocupados en ejercicios interiores, y fuera cada día salían con su disfraz. Un día salían con calzas blancas, otro con sotana corta de burriel, otro vestidos de pardo. Otra vez se fueron en cuerpo y con las calzas dichas á la puerta del perdón de la santa iglesia, y en las gradas bajas se pusieron uno á una parte y otro á la otra, sentados toda una mañana, entrando y saliendo todos y muy maravillados deteniéndose á mirarlos. Y fué en esto tan adelante el Bautista, que avergonzados sus hermanos y parien-

(1) *Epist. Hisp.*, t. XII, f. 152.

(2) *Epist. Hisp.*, t. XV, f. 440. No tengo noticias particulares acerca de los noviciados de Aragón y Andalucía en este tiempo. El de Aragón empezó en Valencia el año 1555. Tres años después hubo de salir de la ciudad por la peste. Después hubo novicios en Zaragoza y en Gandía. Cuando en 1567 visitó el P. Gil González Dávila la provincia de Aragón, determinó que se reuniesen en Gandía todos los novicios, pero un año después fué necesario enviarlos á Zaragoza por disgustos que ocurrieron con el duque D. Carlos, hijo de nuestro santo General. Dividiéronse luego entre las dos ciudades, y, por fin, al cabo de veinte años de mudanzas é incertidumbres, el noviciado arraigó en Tarragona en tiempo del P. Mercurian, y allí perseveró hasta la supresión de la Compañía. Véase al P. Gabriel Alvarez (*Hist. de la provincia de Aragón*, l. II, cs. 77 y 96; l. III, c. 20). El noviciado de Andalucía empezó en Córdoba, y luego fué trasladado á Granada. En 1564 encontramos treinta novicios en Sevilla, según nos dice la carta cuatrimestre de 30 de Agosto. En esta ciudad perseveró por varios años el mayor grupo de novicios, pues parece que no dejaba de haberlos en algunos otros colegios.